

Textos Urbanos

Luis Guillermo Peña Restrepo

Diario de un pillo



DIARIO DE UN PILLO

LUIS GUILLERMO PEÑA RESTREPO



Serie TEXTOS URBANOS
Fondo Editorial ITM

DIARIO DE UN PILLO
1ª Edición, diciembre de 2008

© Luis Guillermo Peña Restrepo
© Instituto Tecnológico Metropolitano

ISBN 978-958-8351-50-6
Hechos todos los depósitos legales

DIRECCIÓN EDITORIAL
Fondo Editorial ITM

CORRECCIÓN DE TEXTOS
Lucía Inés Valencia

DISEÑO DE CARÁTULA
Leonardo Sánchez

Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Editorial L. Vieco e Hijos Ltda.

Instituto Tecnológico Metropolitano
Calle 73 No. 76A-354 (Vía al Volador)
Tel. (574) 440 5100 • Fax (574) 440 5101
Medellín • Colombia
<http://www.itm.edu.co>

DETRÁS DE SUMAS Y RESTAS,
DIARIO DE UN PILLO

Se trata de un escalofriante testimonio de primera mano. Fue el mismo pillo, quien narró su propia vida en el llamado *Bajo Mundo*. Los cuadernillos donde escribió la historia llegan a mis manos gracias a Fabio Restrepo, protagonista de la película *Sumas y Restas* de Víctor Gaviria. Carlos Idárraga, *El Pillo*, fue uno de los primeros que presentó *casting* para el film y fue quien relacionó a Fabio Restrepo con Víctor. Fabio adquirió el papel y cosechó triunfos, pero Carlos no fue seleccionado para participar en la película, a pesar de que tenía como gran anhelo abandonar su vida en la delincuencia y convertirse en un actor de renombre.

A lo escrito por Carlos le hice los arreglos pertinentes, pero sin maltratar su estilo, sabor, ritmo y expresiones. Además le agregué otros capítulos relacionados con su amistad con Fabio Restrepo, así como su relación con la abuela, única persona que se preocupó verdaderamente

por él. Carlos murió en su ley y dejó este testimonio que en verdad escandaliza, conmueve y deja una gran lección a las actuales y futuras generaciones de jóvenes que están o son proclives a hundirse en el *Bajo Mundo*. Su propósito fue mostrar su vida sin recatos para dejar un testimonio de cómo un pillo se puede convertir en un hombre de bien, pero sólo tuvo la oportunidad de escribir la parte azarosa de su vida, la de convertirse en “un hombre de bien”, le fue tronchada.

El autor

Mi nombre es Carlos Idárraga. Mi vida delictiva comenzó con furor cuando por primera vez me robé un carro. Eso para mí fue toda una odisea. Yo vivía en Itagüí, mas concretamente en el barrio San Francisco. Recuerdo muy bien que yo tenía muchos problemas familiares, todo por la falta de empleo. Mi mamá me reprochaba a diario que yo sólo era un vago y nada más, que lo único que yo sabía era dormir y no más.

Así pasaron los días y la misma cantaleta todos los días. Mi padrastro, un ebanista de profesión, salía todos los días a trabajar, pero yo en realidad no sabía hacer nada. Mi mamá optó por sacarme de la casa todos los días a las seis de la mañana que para que buscara trabajo. Yo sí buscaba con los vecinos, pero nada de nada. Lo único que me decían era que esto estaba muy verraco y que trabajo era muy difícil de conseguir.

Yo aburrido y desesperado al no encontrar trabajo, y con la madrugadera tan hijueputa de todos los días, lo único que hacía era irme a dor-

mir a las bancas del parque de Bariloche, cerca de San Francisco. De allí en adelante me dediqué a maquinar maricadas que sólo se le cruzan por la mente a todo vago como el que era yo, y claro, como yo no encontraba trabajo, y con la desesperación tan berraca, y la presión que tenía todos los días de tener que salir de mi casa a las seis de la mañana sólo con el mero desayuno, y tener que llegar con respuesta de algún trabajo que por fin hubiera encontrado, pero nada.

Fue así como mi mente se torció del todo, claro que desde niño fui plaga, muy plaga. Con decir que cuando tenía tres años, cuenta mi mamá, que me volaba de mi casa de Palos Verdes, en Manrique Central, para irme a la casa de mi abuela en Villa Hermosa. De estas voladas que me pegué recuerdo poco.

Mi vida ha sido un caos, desde la edad de quince años dejó de ser la de aquel niño bueno, el cual hasta ese entonces fue la vida de un muchacho normal. Mi vida cambió cuando por primera vez probé el “Perico”¹. Esto lo hice cuando estudiaba en el Instituto Cervantes, más arriba de la Plaza de Flores. Es triste ver cómo la vida de tantos muchachos como yo se destruye de la noche a la mañana. Así no más, de allí en adelante mi vida fue un caos total, empecé a irme de la casa y mi mamá sufría mucho conmigo porque la verdad yo sí que fui rebelde.

¹ Nombre vulgar que le dan los pillos a la cocaína.

Pero, llegó el día más bravo de mi vida, cuando en verdad me tocó irme de la casa del todo porque me iban a matar. En el año de mil novecientos noventa y siete, yo, por primera vez, conocí las zonas rojas del centro de Medellín, y aún más bravo, todos los delincuentes que allí habitaban. No sabía nada de la vida y mucho menos del mundo. Recuerdo muy bien que lo primero que toqué en el centro fue Sucre. Allí esa noche cayó una tempestad grandísima, la cual nunca se me va a olvidar, ya que yo no había comido esa noche. Recuerdo muy bien que sólo tenía en mi bolsillo una chocolatina, la cual me comía poco a poco, a medida que transcurría la noche.

Solo, en aquel lugar, sin nadie quien me hiciera compañía, mojado de pie a cabeza, llorando y sin nadie que me consolara. Tenía más familia, pero en realidad no sé por qué circunstancia no le pedí ayuda o quizá me sentía tan abrumado que no podía pensar. Mojado y con el hambre más grande del mundo, lo único que hice fue buscar debajo de las escalas de una casa para poder así dormir. Recuerdo muy bien que esa noche tuve un sueño muy lindo en el cual estaban reflejados los momentos que viví una vez cuando fui niño, con mi abuelo, mi abuela y mi mamá. Pero todo fue tan sólo un lindo sueño, no más.

Recuerdo que la señora dueña de la casa en donde pasé la noche tan fría, dulcemente me

despertó y luego me dio de comer; yo le agradecí y luego me puse a buscar dónde bañarme; llegué a un parqueadero en el cual conocí a un señor muy buena gente, el cual accedió a dejarme bañar en el baño de los trabajadores. Me vestí y luego me dispuse a seguir mi camino. Llegué al parque Bolívar y después de haber hecho una noche tan fría, me sorprendió aquella mañana tan hermosa, en la cual yo me sentía muy bien.

Allí, en el parque de Bolívar, me senté en una banca a pensar qué sería de mi vida de allí en adelante. Pero, en verdad, fue allí donde sentí temor por lo que me pudiera pasar. No me percaté de lo que sucedía a mi alrededor, la verdad es que sólo pensaba y pensaba hasta que se me acercó un muchacho de la misma edad mía, 19 años, y me dijo que si tenía cien pesos, al cual le respondí que no. Se sentó a mi lado, me empezó a conversar, y yo le seguí la corriente. Su nombre Carlos, como yo, y su apodo “la Araña”. Seguimos conversando, luego se acercó otro man, su nombre: Robinson. Me dispuse a seguir con ellos.

Luego, “la Araña” me dijo que había un restaurante muy bueno en el cual nos darían de comer. “La Araña” y Robinson, bien presentados en su forma de vestir, aún no tenían mal aspecto, llegamos al restaurante y efectivamente nos dieron de comer, pero luego ellos y yo nos desentendimos, porque ellos se fueron y otra vez quedé solo.

A mí me guardaban la ropa en el parqueadero ya mencionado y aquel señor me seguía dejando bañar. Pero llegaba el martirio de todas las noches debajo de las escalas de las casas, y así el frío y también los temores durante tres largos meses. Día tras día, noche tras noche la misma situación. Y yo sabía que si me iba para el barrio mío me “quebraban”; digo “quebrar”, porque fui tomando esa forma de hablar, también de actuar distinto y de coger las drogas deportivamente. Pero mi única droga fue el “perico”, por la que más me incliné y en la que me quedé durante este tiempo.

Yo ya me había convertido en un delincuente de poca monta o sea un “chichipato”, aunque nunca me dio por robarle a personas que trabajaban por su sueldo. Sí aprendí lo que fue el robo en los almacenes como el ÉXITO, el LEY, y los COMFAMAS. En aquella época, ya había sacado las uñas; después de tres meses de calle, Carlos Idárraga ya no era el mismo, aunque tampoco era un delincuente de talla mayor.

Soy nacido y criado en el barrio Villa Hermosa de la ciudad de Medellín. Yo desde el año de 1998 quise ser actor y sólo esa idea taladró mi cabeza durante los años siguientes. Hasta que llegó el año dos mil, y el dos de noviembre conocí a la mujer que creía iba a ser la persona que llenaría mi camino de felicidad. Para este tiempo, ya había conocido al director de cine Víctor Gaviria, a quien vi como la persona que me ayu-

daría a cumplir la promesa que le hice a alguien años atrás, de que en un futuro muy cercano yo iba a ser actor.

Bueno, cuando yo conocí a Adriana, ese dos de noviembre, creía que sería un gran apoyo en mi meta y tuve la idea errónea de que siempre estaría conmigo en las buenas y en las malas. A esta persona la conocí en un negocio y desde aquel día la empecé a frecuentar. Todo al principio fue bonito, una ternura especial. Era atenta, educada y siempre me decía que yo era su felicidad desde que me conoció.

A principios de diciembre, Adriana me confesó tener problemas con la tía con la que vivía. Siempre me daba a entender que en esa casa recibía muchas humillaciones. Esto para mí era motivo de tristeza, ya que no quería verla sufrir. Pasada una semana le propuse que le ayudaría a pagar una pieza en una casa de familia para que no tuviera que recibir tantas humillaciones. Porque a decir verdad, yo en un pasado fui muy humillado, y no iba a permitir que la persona que estaba a mi lado fuese humillada.

Luego se fue a vivir a la casa de una amiga suya, quien le alquiló una pieza. Su amiga tenía una hija y, a su vez, vivía con un hermano y con su madre, una señora de avanzada edad y muy caprichosa. Aquella mujer pasó a ser una integrante más de esa familia, y todo marchó bien los primeros días de aquel diciembre del año dos mil.

Cierto día, Adriana que tenía 19 años, quiso invitar a la hija de la amiga que le había alquilado la pieza a un barrio vecino. El desastre fue total, ya que la hija de la señora era menor de edad y había llegado a la una de la madrugada. La mamá de la amiga de la que fue mi novia pegó un alarido de padre y señor mío, hasta el punto de tratarla de puta, y a la vez la echó de la casa. A esa hora, casualmente, yo iba para mi casa derecho a dormir. Pero cuál no sería mi asombro al ver aquella mujer venir a mi encuentro llorando. Sin decir una palabra corrió a abrazarme y le pregunté qué era lo que le había pasado. Fue allí donde ella me contó todo lo sucedido.

Sentí tristeza y a la vez rabia por la forma como la habían tratado, angustiada me preguntó que dónde pasaría la noche, y yo sin un peso en el bolsillo con qué llevarla a un hotel. Lo único que se me ocurrió fue llevarla a mi casa y pedir permiso para que la dejaran amaneciendo. Yo le dije estas palabras a mi mamá, que por favor no la fuera a dejar sin donde dormir, que yo estaba dispuesto a pasar la noche en la calle con tal de que ella durmiera bien, ya que en la casa de su tía tenía muchos problemas, y desde que ella salió de allí le hice la promesa de que nunca la defraudaría.

Fue así como, con la condición de ser mera novia, cayó bien en mi familia, luego pasó a ser parte de nosotros, ya que yo les supliqué a todos que la dejaran vivir con nosotros. Ella dormía en

una pieza y yo en otra. Así pasamos la Navidad y por fin llegó el año nuevo. Pero, en realidad, no tenía idea con qué clase de persona tan malvada me había metido. Enero me esperaba para comenzar mi calvario.

En el puente festivo del siete al ocho de enero, ella me dijo que se iba a ver con su padrino que había llegado, que se iría con él y que llegaría dos días después. A mí, en realidad, me pareció algo extraño, pero la dejé ir. Yo nunca la vi partir con su padrino, lo cual me dejó muy intrigado.

Cuando llegó el lunes festivo, ella apareció a las once de la noche, pero ahí no terminó todo: ella me sacó dos proveedores de pistola calibre 7.65 y me dijo que andaba metida, sin querer, con unos mafiosos con quienes se había involucrado por medio de unas amigas, quienes, al parecer, la invitaron inocentemente.

Yo esa noche casi me enloquezco, lloré y lloré hasta que no pude más. Las lágrimas de esa noche no fueron ni el uno por ciento de las que derramaría más adelante. Yo me tragué el cuento, creí que debía ayudarla y que ella necesitaría de mí más que nunca. En ese momento sentí la obligación de protegerla y comencé a andar armado sin que ella se diera cuenta, con la loca idea de matar al tipo aquel.

Pasó el tiempo y yo ya me había calmado. Cierta día estábamos en una taberna, y de un momento a otro me dijo las palabras más doloro-

sas y que yo nunca esperé. Fueron éstas: “Sabés, lo mío son el dinero, los carros, las fincas y el trago”; terminadas estas palabras, cogió su copa se mandó un trago de aguardiente y luego me miró como a un “chichipato” y rio a carcajada suelta.

Aquella burla fue para mí un gran tormento. Empecé a llorar y salí rápidamente, me dirigí a mi casa y ella también lo hizo. Allí le dije que a mí una mujer así no me servía. Ella trató de acercármese, y yo la estrujé, pero soy consciente de que no la estrujé con fuerza, sino que traté de apartarla. Ella hizo el teatro y se dejó caer al piso; quiso hacerse la muerta para agrandar el problema, pero ella ya sabía que todo se había terminado en cierta forma.

Al otro día, ella llegó del trabajo a mi casa y empezó a empacar las cosas con desgano; al verla, le ofrecí ayuda, pero fue cuando terminó de hacerlo rápidamente y salió. A los días ella hizo la manera de que yo la viera montada en una burbuja con el supuesto padrino, o sea, el mafioso, yo sentí tristeza y lloré, luego al otro día me buscó y me dijo “chichipato”, que su nuevo amor tenía carros y fincas y yo no.

Pero ahí no termina todo. Ella siguió buscándome con el ánimo de humillarme y fue cuando se me llenó la copa y le pegué. Luego ella puso a alguien a llamar a mi casa a la una de la mañana para amenazarme de muerte. Sonó el teléfono y fui yo quien contestó, Si, aló, contesté, y la respuesta fue: “¿Sabes qué?, te montaste

en el bus que no era con Adriana, te vamos a matar maldita gonorrea”.

Yo en ese momento no sabía qué hacer y toda la noche no hice sino llorar. Sólo recordaba las palabras de ella cuando me decía que yo era lo único que tenía, ya que las humillaciones de su tía la habían hecho salir de su casa. Pero cuando llegó el mafioso que supuestamente le iba a dar carro, apartamento y viajes, yo ya no era para ella lo único que tenía. Ella a boca llena me decía que este señor le iba a dar todo eso y luego se reía de mí diciéndome “chichipato.”

En medio del llanto, le rogaba que no me buscara para humillarme y ella sólo me decía “de malas”. Creo que esto lo va tener que pagar muy caro, porque considero que gozar del dolor ajeno y vanagloriarse del llanto y el sufrimiento de los demás, no debería tener perdón de Dios.

Lo cierto fue que a mí nunca me hicieron nada. El mafioso éste se quedó en promesas, porque a ella nunca le dieron nada y era a lo último buscando hombres de carro que la invitaran a salir, pensando que le iban a dar carro o cosas parecidas.

Todo esto aconteció en enero y febrero, pero ella hacía la forma de seguir humillándome, yo no sé por qué. Por mi parte, yo a ella le dije que lo mejor era que se fuera o que pidiera traslado. Al final, como que Dios me escuchó, y a ella la trasladaron para otro lugar. Fue desde ese momento que descansé.

El primero de diciembre de 2001, conocí una mujer que hoy por hoy es mi felicidad; creo que fue una recompensa del mismo Dios, por todo el sufrimiento que yo tuve y las lágrimas que derramé. Esta mujer es súper hermosa y la ex no le llega ni a la planta de los pies, pero lo mejor es que tiene un corazón muy grande. De la ex, me di cuenta que le tocó irse de nuevo para donde su humillativa tía. En conclusión, no le fue tan bien con los hombres de carro y de fincas...

El desempleo es una de las causas más frecuentes que llevan a los jóvenes como yo a la delincuencia y también la falta de afecto por parte de la familia, y más aún cuando en el entorno familiar hay conflictos muy frecuentemente. Pero todo cambia cuando hay seres como Gloria Rodríguez, la mujer que me ha ayudado a cambiar un poco mi forma de pensar y también de actuar.

DIECIOCHO DE ENERO DEL AÑO 2002

A pesar de que he cambiado mucho de ritmo de vida, me he dado cuenta que aún no he cambiado del todo mi forma de pensar, porque la situación económica de este país es muy precaria y cada vez las oportunidades son más escasas y más duro el diario vivir.

Es sábado, y siendo las 8 y 30 de la mañana, sentía deseos de coger rápido el transporte

que me llevaría a un pueblo del Occidente de Antioquia. El día anterior, 17 de enero del año 2002, me había despedido de la mujer que yo más he amado en toda mi vida. Si es que así puede llamarse esa existencia desenfadada que yo he tenido. Bueno, al despedirme de Gloria, noté que ella no aprobaba del todo la decisión mía de irme a reunir con los Paramilitares en ese pueblo del Occidente. Lo cierto es que ella sólo me dijo estas palabras: “Por favor, mi amor, cuídate” y me dio su bendición.

A las 8 y 30 de la mañana, yo partí de mi casa. Al igual, mi abuela me dio su bendición y por fin me marché. Al llegar a la Terminal de Transporte, sentí una extraña energía que corría por todo mi cuerpo, o sería más bien que aquella sensación fue a causa de la reunión que tendría horas más tarde. Todo el tiempo no hice más que pensar en el rostro de aquella mujer que había empezado a amar con todas mis fuerzas, y aún más, recordaba su tierna mirada.

Observé a mi alrededor y vi a una persona que vendía cigarrillos y toda clase de productos, de los cuales yo compré para el viaje. Prendí un cigarrillo para calmarme un poco la tensión. De pronto, llegó a mi mente el recuerdo de Fabio Restrepo, un gran amigo, de los buenos y de los cuales muy pocos he tenido. Este amigo, días antes me había hecho una visita a mi casa y me había dicho que luchara por salir adelante, pero a mi mente llegó otra vez el recuerdo de mi si-

tuación económica tan dura por la que estaba pasando.

Yo ya me había fumado el cigarrillo aquel y ya me disponía a tomar el transporte que me llevaría a tan esperada reunión. En todo el viaje no hice sino pensar en cómo sería la vida allí con las AUC² y más pensaba en la situación por la que atraviesa este país tan rico en todo, en belleza, minerales y flora sea tan pobre a la vez, con tanto desempleo y corrupción a nivel político.

Yo sólo quería saber cómo era la ideología de aquellas personas y el porqué de tanta guerra. Pero todo cambió cuando de verdad estuve en el corazón del monte con gente de esa organización. El viaje fue agradable, ya que conocí a un muchacho Libardo en el bus, me pareció muy buena persona y nos hicimos amigos. En todo el viaje no hablamos sino de mujeres y él me hablaba de la mujer que él quería; y yo de Gloria, la mujer que yo amo.

Eran aproximadamente la una y treinta de la tarde cuando llegué al pueblo en el cual yo había estado cuando niño en varias ocasiones. No había cambiado en lo más mínimo. Sólo me dispuse ir a almorzar en un viejo restaurante que había a todo el frente de la iglesia. Subí las escalas y por ellas bajaba un tipo de contextura media, piel clara, el cual me detalló de pies a cabeza, no presté importancia y seguí subiendo.

² Autodefensas Unidas de Colombia.

Al mesero, quien muy gentilmente me atendió, le dije que, por favor, me trajera el menú. Solo me disponía a comer aquel banquete servido, cuando del fondo del restaurante aparecen dos tipos y me saludan como si me conocieran desde hace tiempo. Se me sentaron al frente y también pidieron el menú. Yo, sin que ellos me dirigieran palabra alguna, me di cuenta de que eran “Paras”³, porque algo en mi interior me lo dijo, pero no sentí temor alguno.

Al momento, uno de ellos me preguntó que de dónde venía yo, al cual le respondí: señor, yo vengo de Medellín, el otro no pronunció palabra alguna, sólo comía y nada más, mientras que el que me habló se me presentó dándome su nombre, creo que fue Raúl. Al igual, yo, le di mi nombre a aquel personaje que me tenía ya intrigado, pero yo ya sabía de qué se trataba. Su última pregunta fue qué para dónde me dirigía, no tuve dificultad en responderle y le dije: voy para donde mi primo.

Terminamos de comer y ya iba yo a pagar cuando mi interlocutor hizo reparo y no me dejó pagar. Sólo me dijo estas palabras: “Usted es bienvenido y eso va por mi cuenta”. Salí del restaurante y noté que eran muchas las miradas que se dirigían hacia mí, pero yo ya sabía quiénes eran.

³ Apócope de uso corriente de la palabra paramilitar.

Lo cierto es que al fin llegué a mi destino y mi primo no esperaba mi llegada, ya que ésta fue de improviso. Aquella casa, en la cual yo disfrutaba mucho los días de paseo con mi familia, no había cambio alguno en ella, y todo estaba tal cual la había dejado trece años atrás. Cuando mi primo me vio se alegró mucho y yo también al verlo a él.

El entorno era el mismo y todo allí me trajo muy buenos recuerdos. Le dije a mi primo que por favor me diera una cerveza y así él también se tomara otra conmigo para poder entrar en conversación e ir de una vez al grano. Yo le conté el motivo por el cual le había aceptado su invitación, la cual unos meses atrás había despreciado.

Le dije que esta vez estaba decidido a unirme a las Autodefensas, porque en realidad en este país había muy pocas oportunidades para la gente por muy preparada que ésta fuera y que sólo había hipocresía en las personas y además falsedad. Él me respondió: “Entonces te unís a los Paras”, y yo le dije, claro hermano, pero no sin antes despedir a la mujer que yo amo, porque ella se iría dos meses más tarde fuera del país.

“Bueno, hermano, hoy probás cómo es esto” –me dijo–. Listo, le dije yo –¿qué hay que hacer?; él me dijo: “Fresco mijo, que esta noche te vas a dar cuenta qué es lo que vas a hacer”. Efectivamente, así fue, pero no como yo me lo imaginaba. Más o menos a las siete de la noche

salí con el primo y con varios secuaces más dizque para hacer lo que se iba a hacer.

Llegamos ocho personas a una especie de estadero y allí fue cuando me di cuenta de lo que se trataba. Cuando de repente el celular que yo tenía, en ese instante empezó a sonar, y yo ya sabía que era Gloria, pero no le pude contestar. El sonido de ese aparato alertó a los dos pacientes que había en dicho estadero. Ahí fue cuando se adelantaron seis manes de los ocho que íbamos y agarraron a aquellos dos fulanos y los montaron en unos monteros que llegaron segundos más tarde. En ese momento sentí una tristeza muy grande, porque yo ya sabía que los iban a matar.

Minutos más tarde mi descreste fue total, porque la pruebita mía era que precisamente yo era el que los iba a quebrar. Llegamos a un paraje cerca de la casa donde yo amanecería aquella noche y efectivamente frenaron los vehículos en que nos movilizábamos y bajaron a aquellos dos pobres condenados a muerte. El primo mío los hizo arrodillar, cuando me dice bueno primito, vamos a ver las güevas que usted tiene y me pasó una pistola nueve milímetros.

Estas dos personas me decían llorando que por favor no las matara; a mí se me salieron las lágrimas y le reproché al primo mío diciéndole que yo no era ningún asesino, y que yo sólo me imagine que el trabajo que me tocaría sería dis-tinto, y no asesinando personas que nunca había

visto. Estas dos personas pedían a gritos: ¡Por favor, no nos maten!

El primo mío y yo nos separamos del grupo y yo creí que iba a hacerme una especie de reclamo. Preciso, qué reclamo el que me hizo con fuerte puño en la cara incluido y me dijo bobo cagao, yo no me quedé atrás y también le respondí no con un puño sino con varios. El agarrón fue tenaz, ya que fueron muchos los golpes que nos dábamos, pero la oscuridad de aquel paraje casi no me dejaba ver para seguirmos dando, hasta que él me sacó una pistola y lo mismo le hice yo con una que llevaba empretinada y de la cual él no sabía nada.

Más fue la sorpresa para él cuando yo le saqué una Gerico y me va diciendo el güevón éste. “Vea, como me salió de arisco el primito mío, con armas mejores que la mía”. Yo de la rabia le dije que pusiera a vomitar esa hijueputa que yo también tenía con qué. El sólo soltó una carcajada y me dijo que me calmara. Luego, él se fue y no supe más nada de los tipos éstos, pero de lo que sí estoy seguro es de que aquellos hombres no vieron un nuevo amanecer.

Hoy domingo tres de febrero de 2002, y más cuando son las once y veinticinco de la noche, se me vienen a la mente recuerdos que me hacen reír. Una vez “la Araña”, Robinson y “el Desatinado” estaban de descanso, ya que a mí me tocaba conseguir la comida, pero “la Araña” dijo que tan sólo él me acompañaría para ver de

que no me fuera a pasar nada. Robinson y “el Desatinado” nos esperarían en la vieja casa donde vivíamos. Decidimos comer pizza, porque ya habíamos comido el día anterior pollo, y quisimos un nuevo platillo gastronómico para ese día que era sábado.

Así sucedió todo: yo me puse bonito para ir al lugar donde vendían las pizzas, el cual quedaba una cuadra más abajo del parque Bolívar. A lo último, “la Araña” se decidió a acompañarme a dicho local en el cual sería el “tiendazo”⁴. Llegamos los dos y vimos la cosa de primera para el “champú”⁵ que íbamos a hacer. Yo vi que detrás de la barra había tres trabajadores que parecían chefs y todos con sus respectivos gorritos. Nunca se me va a olvidar que la pizza que pedimos era la súper jumbo, o sea grandísima la pizza aquella.

Yo, en voz baja, le dije a “la Araña”: cuando yo le diga ya, no haga sino correr. Preciso, así fue, nos quedamos quince minutos mientras nos preparaban la pizza con champiñones, pollo, salami, cerdo y queso. Unos momentos más tarde sacaron la pizza aquella, esperamos hasta que se enfriara un poco para probarnos “la Araña” y yo, quién ganaría la carrera de los cien metros planos. Efectivamente, la pizza se enfrió y ahí fue el champú del tiendazo tan bacano que hicimos.

⁴ Manera de designar el robo a un almacén o tienda.

⁵ Acto ilícito.

Yo al ver que la pizza o mejor la charola se había enfriado, le dije a “la Araña”: bueno, par-cero, arranque y sale hasta la puerta caminando; cuando, sí señor, cojo esa extragrande y emputo a correr por todo ese parque Bolívar como si yo fuera un mesero, yo iba ‘entreputao’ y “la Araña” al lado mío corriendo y cagao de la risa, porque yo no soltaba esa pizza pa’ nada hasta que llegamos a la casa y el banquete fue total.

Después de tantas andanzas, sufrimientos y tropeles en la calle, llegué al barrio Bariloche donde vivía mi mamá, y fue allí donde en verdad comencé mi carrera delictiva al conocer a la Paola, quien fue la que todo me lo enseñó.

Bueno, sigo con el relato. Allí en Bariloche conocí a una mujer muy hermosa, a Paola, ese es su nombre ficticio, porque en realidad es otro, pero así la conoce todo mundo. La Paola, una mona hermosa de cabello largo, ojos de miel, cuerpo de reina con sus 90-60-90 y tez clara. Bueno, lo cierto del caso, ¡una mami! A ella la conocí por medio de una amiga que me la presentó, y lo más curioso del caso fue que me conecté con ella, no por mi amiga, sino por una bronca que tuve con un pelao.

Yo estaba en una barra de amigos, todos vago-s como yo. Bueno, allí yo me estaba fumando un cigarro, y me dio por tirarle la cusca del cigarrillo prendido en el bolsillo de la camisa a uno de ellos. Este güevón no se había dado cuenta que el cigarrillo le estaba abriendo un roto el

hijueputa en el bolsillo de la camisa, y todos al verle el roto éramos cagados de la risa, y el marica éste no se daba cuenta. Lo cierto es que a lo último el roto fue tan grande que le quemó la piel, y ahí sí se formó la trifulca más hijueputa entre ese man y yo.

Paola, desde la ventana de su casa, se pilló todo lo sucedido, y ella era también cagada de la risa, pero cuando ella vio que la cosa se fue a mayores, se acercó con rapidez, y sacó la cara por mí. Claro, como ella me veía todos los días desde por la mañana levantado, creo que le caí muy bien. Ella nos separó, y le dijo al otro fulano que se calmara, que ella le pagaba la camisa; que si la camisa era de marca le pagaba cuarenta mil, y que si no, le daba diez mil pesos. Claro, ese güevón que marca iba a usar si era más arrastrado que yo. Éramos el hambre y la necesidad.

Paola le pidió que se quitara la camisa, y el muy marica se la quitó. Ella vio que la camisa no era de marca, y le dio los diez mil pesos, y por el mismo roto que había hecho el cigarrillo, metió sus dedos, y de un tirón la rasgó del todo; mejor dicho, la dejó vuelta añicos. Ese man quedó más aburrido que un pescado en un tetero porque creía que se la iban a devolver.

Después de una semana conocí a Walter, novio de Paola, y al igual que a ella, le caí muy bien. Paola me daba las ligas, diez, veinte y hasta

treinta mil lucas⁶. Yo creía que era una burguesita, pero cuando empecé a ver a su novio en carros distintos todos los días, pensé que ese man era un traqueto⁷. Yo con la situación tan desesperada que tenía en ese tiempo, no aguanté las ganas, y le conté a Walter mis deseos de trabajar con él, pero me comentó que trabajaba con arroz en la plaza mayorista, pero yo no he sido ningún güevón, e hice que me contara la verdad.

Le conté de mi desesperación y él comprendió. A lo último desembuchó y abrió el pico para contarme todo. Me dijo que bueno, que él hacía vueltas con coches, y que los mandaba para otros lados del país. Me dijo que al día siguiente, si quería, me ganaba un millón, que sólo tenía que robarme un carro con él, y que tenía que quedarme con la persona quince horas en un hotel. Yo le dije que pa' las fuera.

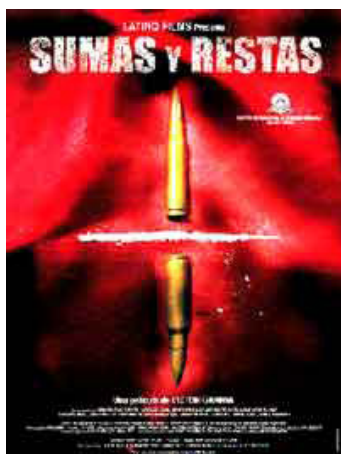
La conversación del “cruce”⁸ fue a las siete de la noche. De ahí en adelante lo único que hice fue pensar y pensar de cómo sería mi primer “gol”⁹. Esto me puso a pensar tanto que no pude ni dormir esa noche, no pude pegar ni un ojo esperando a que amaneciera, y más aún que fueran las seis de la tarde para así probar que yo si tenía las güevas bien puestas.

⁶ Pesos.

⁷ Mafioso.

⁸ Acción delictiva.

⁹ Éxito en la acción delictiva.



EL TIEMPO
com

Marzo 11 de 2005

Sumas y restas, del director paisa Víctor Gaviria,
ganó la India Catalina a mejor película

Gaviria recibió además el premio a mejor director en el 45 Festival de Cine de Cartagena, que finalizó el viernes en la capital de Bolívar.

Esta producción cuenta la historia de Santiago, un ingeniero que sin darse cuenta se adentra en el mundo del narcotráfico, luego de conocer a Gerardo Cardona, un 'cocinero' de co-

caína que le enseña la supuesta ‘manera fácil’ de hacerse millonario.

Es protagonizada por actores naturales, como es usual en las cintas de Gaviria; entre ellos, Juan Uribe, Fabio Restrepo y Freddy Yorc Monsalve. *Sumas y restas* es la tercera cinta de Gaviria, después de *Rodrigo D* y *La vendedora de rosas*.

Entre tanto, el premio especial del jurado fue para *Un día sin mexicanos*, del mexicano Sergio Arau; este filme también recibió en mejor guión. El galardón a Ópera Prima lo logró *Próxima salida*, del director argentino Nicolás Tuozzo.

El premio a mejor actor fue para Luis Tosar, de *Te doy mis ojos*, de Iciar Bollaín, de España; y el de mejor actriz, para Mariana Loyola, de *Cachimba*, de Silvio Caiozzi, de Chile.

El jurado estuvo conformado por la escritora colombiana Laura Restrepo, la directora venezolana de cine Elia Schneider, el periodista colombiano Daniel Samper Pizano, el productor español Michel Ruben y la cinematografista chilena Alejandra Cillero.



Colombia, sábado 12 de marzo de 2005

Víctor Gaviria ya había logrado lo que buscaba en Cartagena: que el público se comprometiera con *Sumas y restas*, y anoche como premio a su obstinación recibió el India Catalina a

FABIO RESTREPO



157

FILMOGRAFÍA

1. Taxi libre (2007)
2. Sin tetas no hay paraíso (2006, en el papel de Marcial, un mafioso)
3. Sumas y restas
4. Rosario tijeras
5. Satanás
6. Los hombres son iguales, las mujeres también
7. La casa de Fernando
8. Lorena
9. Tu voz estéreo
10. Zona rosa

LUIS GUILLERMO PEÑA RESTREPO

Para interpretar su nuevo papel, Fabio Restrepo no se basó en películas como *Taxi driver*, de Martín Scorsese, o *Una noche en la tierra*, de Jim Jarmusch.

Ni siquiera tuvo que volver a ver *EL taxista millonario*, de Carlos Benjumea, para darle forma a su nuevo papel en la serie *Taxi libre*, que se emite todos los días a las 11:30 de la mañana por el Canal RCN.

Su verdadera inspiración es su propia historia: antes de saltar a la fama como antagonista de la película de Víctor Gaviria *Sumas y restas*, Restrepo lavó carros y trabajó como taxista en Medellín, en duras jornadas de más de 12 horas. Eso, sin contar la decena de oficios más que desempeñó para ganarse la vida.

“Cuando me dieron los libretos de Kike (el personaje) me di cuenta de que no tenía que actuar, sino que era una parte de mí la que se iba a ver en la televisión”, asegura Restrepo.

No le importó una pequeña molestia en la columna vertebral, ni que su papel sea sólo el hilo conductor de historias de vida. “Yo no soy el protagonista, sino un taxista que descubre lo que tienen y quieren contar sus pasajeros”, dice.

Pero, para él, ser el detonante de la trama es crucial para una carrera actoral en la que ya está estrenando mánager y con la que está cambian-

do la imagen de malo que lo ha hecho famoso en el medio.

“Es bueno, pero no es lo único. Una vez hice de pastor evangélico en una serie llamada *Zona rosa*”, recalca.

Dice que todavía le cuesta trabajo encontrar un papel ideal. “En este medio es un cuento que le den empleo a uno. Cuando sea una estrella quizás pueda escoger, pero ahora hago de malo, de bueno o de lo que me pongan”, comenta Restrepo.

El también actor de la exitosa serie *Sin tetas no hay paraíso* grabó los capítulos de *Taxi libre* hace ya cuatro meses.

El fantasma del taxímetro y las carreras, sin embargo, lo ha perseguido en otros proyectos del presente.

Hace poco participó en un *casting* junto a la actriz Anabolena Meza, a quien se recuerda por la serie *La taxista*.

“Eso es muy chistoso. Ahí estaba yo junto a esa actriz, nervioso y me temblaban las piernas. Me pegué una bloqueada con Anabolena, por que ella es muy famosa y yo todavía me siento muy incómodo”, reconoce el actor.

Eso sí, Restrepo aclara que en *Taxi libre* no le tembló nada. Ése era su territorio.

Tomado de *El Tiempo*
26 de noviembre de 2007

CONTENIDO

DETRÁS DE SUMAS Y RESTAS, DIARIO DE UN PILLO	7
DIARIO.....	9
HABLA EL AMIGO	125
ENCUENTRO CON LA ABUELA.....	137
A MANERA DE ELEGÍA.....	143

Diario de un pillo

se terminó de imprimir en diciembre de 2008.

Para su elaboración se utilizó papel Bond Alta Blancura de 75 g,
en páginas interiores, y propalcote 250 en la carátula.

Fuentes tipográficas: Transit521 BT en 11,5 puntos para texto corrido,
y Transit511 BT en 15 puntos para títulos.